

por una y otra parte en no adelantar cosa alguna que fuese contraria á la doctrina de la Iglesia católica, no fué difícil á Eckio convencer al novador por la confrontacion de sus novedades inauditas con la enseñanza de todas las escuelas y de todas las iglesias (1519).

No obstante la derrota y la afrenta de Carlostadio, Lutero, que presumia tanto de sí mismo, no vaciló en reemplazarle en la palestra, en la que manifestó mucho espíritu y erudicion. Pero ¿qué pueden todos los talentos humanos contra la verdad católica, cuando esta es presentada con todo su esplendor y su fuerza? Esta segunda disputa, que duró diez dias, versó sobre el Purgatorio, cuya existencia sostuvo Lutero no poderse probar por la Escritura: sobre las indulgencias, que tenia por inútiles: sobre la remision de la pena, que queria fuese inseparable de la de la culpa: sobre la penitencia, la que aseguraba ser falsa, y damnable en el caso de haber tenido principio en el temor, y en fin y principalmente, sobre la primacia del Papa, que decia ser solamente de derecho humano, y de ningun modo de derecho divino. Por mas que al heresiarca soberbio se le demostró que en todos estos puntos contradecia á la fé constante de la Iglesia, no por eso fué menor su obstinacion en sostenerlos y en atribuirse la victoria sobre aquel que le presentaba evidentemente en contradiccion con la doctrina de todas las iglesias y de todos los siglos. Pero la verdad triunfó tan visiblemente, aun á los ojos mismos de los simples fieles, que el príncipe Jorge permaneció mas firme en la antigua creencia, perseverando en ella sin vacilar jamás hasta el fin de sus dias. Desde entonces las universidades de Colonia y de Lovaina condenaron las proposiciones del novador, y la de Paris, que él habia aceptado espresamente por juez de esta conferencia, juzgó del mismo modo luego que fué ins-

truida con esactitud de lo que en ella habia pasado.

Sosteniendo todavia Lutero su respeto aparente al Papa, y estrechándole los agustinos, congregados en capitulo, á someterse á su autoridad, le escribió el novador por condescender con sus compañeros, y aun le dedicó un libro que daba á luz pública bajo el título de «Libertad cristiana»; mas esta satisfaccion y homenaje fingidos no eran mas que una nueva injuria. Toda la satisfaccion que ofrecia en su carta era de guardar silencio, si sus enemigos, es decir, los defensores de la creencia católica, le guardasen por su parte (1); pero que si llegaba el caso de acometerle, estaba firmemente resuelto á replicar; y por lo que hacia á retractaciones, «nadie, añadió, se li-songee de oirme cantar la palinodia. Vuestra Santidad, continuó, puede, no obstante, poner fin á todas estas controversias con una sola palabra, avocándose el negocio á sí y poniendo silencio á los dos partidos.» En cuanto al libro que tuvo la osadia de dedicar al Gefe de la Iglesia, era un fárrago de nuevas paradojas, concernientes sobre todo á su extraño sistema de la justificacion obrada por sola la fé, sin el concurso de las buenas obras, que llegaba á declarar inútiles á la salvacion. Publicó en el mismo tiempo otros dos escritos igualmente escandalosos: el uno sobre la confesion, dirigido al elector de Sajonia, y el otro sobre los votos; en uno y otro sentaba todos los principios de la horrible doctrina que no cesó de desenvolver en todo el resto de su vida.

No quedaba ya duda alguna de que este novador audaz merecia la última condenacion. Empezaba ya á murmurarse de las lentitudes empleadas por la corte de Roma en un peligro tan grande de Religion, y en todas partes se hablaba con temor de los

(1) *Epist. Luth. ad Leon. X, t. 2, fol. 82.*

progresos que hacia el error á favor de la inaccion y la negligencia. Los dominicos de Alemania, los mismos agustinos indignados contra su indócil y hereje compañero, escribieron al Papa Leon, que si en política era una falta, en materia de fé era un crimen no contener el mal en su origen; que la rapidez de sus progresos debia compararse á la de los incendios; que el arrianismo no fué en su principio mas que una chispa, que fácilmente habria podido apagarse en la ciudad de Alejandria donde se encendió, y que por haberse mirado con indiferencia abrasó despues á todo el mundo cristiano; que Juan Hus y Gerónimo de Praga habrian causado los mismos estragos, á no haber sido por la pronta y prudente severidad del concilio de Constanza (1). El docto Eckio hizo por su parte el viaje á Roma, donde fué recibido con el aprecio que merecian su celo y sus luces, y persuadió la necesidad de aprovechar los instantes para salvar la Religion en la Germania. Como estaba mucho mejor instruido que los otros teólogos acerca de los sentimientos de Lutero, á quien habia observado tan de cerca, sirvió principalmente para formar la censura que se resolvió pronunciar contra el heresiarea.

Antes de esto, movido el Papa del peligro de la Alemania y de la comparacion que todos hacian de los desórdenes escitados por Lutero, con los que habia causado el arrianismo en el antiguo imperio, habia informado de todo á Carlos V, estrechándole á enviar desde España órdenes oportunas para contener á aquel turbulento novador. El peligro se aumentaba de un momento á otro: no era ya solo el elector de Sajonia quien sostenia al predicador de la liceancia preconizada bajo el nombre de libertad cristiana;

gran número de señores, de militares audaces, de capitanes famosos, la nobleza ansiosa de recobrar las bellas posesiones que sus ascendientes habian donado á la Iglesia, oian con entusiasmo cuanto el predicante propalaba contra el poder abusivo, el fausto y la corrupcion del clero. El emperador respondió que en Alemania no era tan fácil contener á las personas como en Italia; que por otra parte no habia recibido todavia la corona imperial, y que antes de esta ceremonia no podia ejercer jurisdiccion alguna en el imperio: que despues de su coronacion convocaria una dieta general, en la que mandaria comparecer á Lutero; y que siendo en ella reconocido culpable por los señores, seria entregado, segun las leyes, á los ministros de Su Santidad. Esta respuesta, mas especiosa que sólida, como lo son ordinariamente esas excusas políticas, da á entender que no advirtió el emperador que hay algunos casos que no están sujetos á la observancia literal de las reglas. La observancia literal de estas debe tener lugar en los casos ordinarios; pero en los momentos de crisis, en que el dilatar es perder la ocasion, no hay duda que la observancia literal de las reglas debe ceder al espíritu de ellas y servirnos este de guia. Sin culpar no obstante las intenciones de Carlos V, es preciso decir que, á pesar de su celo por la verdadera Religion, no acertó al principio con los verdaderos medios y dió algunos pasos en falso. Esto lo conoció despues claramente á costa de una experiencia funesta á sus pueblos y á su propia grandeza. ¿Quién sabe si sin las sectas y las facciones que ellas engendraron durante todo su reinado habria llevado á cabo todos los proyectos de su noble ambicion por medio del oro de Méjico y del Perú que en el espacio de treinta años, comenzando con las heregias del Norte, fueron agregados á la corona de España (a)?

(1) Sleidan. *Comment. l. 2, p. 50*; Cochl. *de act. et scrip. Luth. ad ann. 1520*.
B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.

(a) Algunos, envidiosos del mérito y fortuna da Tomo IV. 89



En el mismo año en que los sectarios de la Germania, despues de haber apurado el arte de la ficcion y de la impostura, rompieron los nudos aparentes que los unian todavía á la Iglesia, en el año 1519 el vasto imperio de Méjico, rodeado de mares inmensos que la águila romana jamás habia atravesado, se abrió á las armas del emperador cristiano y al reinado mas feliz de Jesucristo. En medio de las hordas salvages y aisladas de la América, en una tierra muy sana y fértil, así en granos como en oro, se habia formado en menos de ciento treinta años, segun las relaciones españolas (1), un Estado poderoso, cuya longitud de Norte á Mediodia era de quinientas á seiscientas leguas, la latitud de unas doscientas, y la poblacion tan considerable que ascendian sus egércitos á mas de quinientos mil combatientes. Los españoles esparcidos ya, primero en la grande isla de Santo Domingo, y desde en ella la de Cuba, mas grande y rica todavía, adquirieron las primeras noticias de esta nacion numerosa al tiempo de ir á probar nuevas aventuras en el rio de Tabasco, bajo la direccion de Juan de Grijalva. Pero Grijalva, aunque valeroso é inteligente, no tenia ni los grandes designios ni el temple de alma que eran menester para seguir la carrera que se le presentaba. Todo el uso que hizo de la fortuna que le brindaba con sus favores, no atreviéndose á interpretar por sí los términos de su comision, fué dirigir la noticia de su descubrimiento al gobernador de Cuba Diego Velazquez, quien desaprobó las nimiedades de esta subordinacion inoportuna.

este monarca (que logró llevar prisionero á su antagonista Francisco I, rey de Francia), esparcieron sus maliciosas sospechas de que aspiraba á la monarquía universal, y que su ambicion miraba como oportunas las diferencias que se aumentaban en punto de religion. Pero se opone á esta idea aquel celo, que alaban muchos autores, con que procuró se llevase á cabo el concilio de Trento á pesar de tantas dificultades.

(N. del E.)

(1) Solís, Cong. de Méj.

Necesitábase para esta expedicion un jefe muy diferente, uno de aquellos hombres raros que son el único fenómeno de una série de siglos. Despues de algunas deliberaciones sobre muchos aspirantes, reeayó la eleccion, por uno de aquellos decretos supremos que deciden de la suerte de los imperios, en Fernando ó Hernan Cortés. Nacido de familia noble y antigua en Medellín, ciudad de Estremadura, tenia un alma elevada y llena de energia, de un valor y actividad á prueba de todos los trabajos y peligros, de una constancia que adquiria nueva consistencia en los obstáculos, pero sin obstinacion y sin temeridad, no abandonando á la suerte lo que era del resorte de la prudencia, á la cual suplía entones aquel instinto marcial que es todavía una guia mas segura. Tomaba siempre consejo, y nunca se empeñó en hacer prevalecer su dictámen, á menos que no fuese el mas acertado. Finalmente, era de un carácter suave, franco, afable, de una generosidad que cautivaba la confianza y le encadenaba todos los corazones, festivo y placentero en el trato ordinario de la vida, insinuante y persuasivo en las conferencias y negociaciones, fecundo en medios, y pronto en hallar recursos; en fin, lleno de honor, de probidad, de rectitud, y aun mas de fé y de religion. Cortés fué en una palabra todo lo que debia ser el héroe destinado á fundar y á cimentar el doble imperio de una nueva España y de una nueva Iglesia en el Nuevo Mundo. Por viva que fuese su pasion á la gloria, la cual jamás pareció debilitarse en él por la sed del oro tan contagiosa en su tiempo, manifestó todavía mucho mas ardor por el establecimiento del reino de Jesucristo.

Solo se halla un vicio reprehensible en su empresa: vicio del espíritu y no del corazón, defecto de su siglo mas bien que de su persona. Los principes de la Europa, y

particularmente los de España, estaban persuadidos de que podian invadir las tierras de los infieles sin quebrantar el derecho de gentes, con tal que estableciesen en ellas las leyes del cristianismo, y el Papa Alejandro VI, repartiéndoles bajo esta condicion y á sus instancias las islas orientales y occidentales, no les habia dejado la menor duda de que el celo de la fé formaba un título legítimo de justicia. Tal fué la máxima fundamental de la conducta de Cortés, á que se añadió el horror de las tiranias execrables de Méjico, en donde la naturaleza humana se hallaba en la degradacion mas injuriosa. La causa de la naturaleza y de su Autor, de Dios Criador y Padre de todos los hombres, fué la que Cortés pretendió vengar, porque los vió sacrificados como brutos, y aun con preferencia á estos, sobre los altares de los demonios: divinidades homicidas que en plena libertad se complacian en embriagarse con sangre humana en las tinieblas de una supersticion en medio de las cuales reinaban casi tan absolutamente como en las del infierno.

Antes de penetrar en la ciudad de Méjico, fué Cortés mil veces testigo de estos horribles sacrificios; y luego que se hubo apoderado de aquella capital, descubrió en lugares subterráneos enormes montones de cadáveres de hombres, de mugeres, de niños arrancados del seno de sus madres, de cabezas amontonadas hasta las bóvedas. Muchos presentaban todavía en su figura espantosa y en la contraccion de sus miembros, las convulsiones de la desesperacion con que habian espirado. El modo ordinario de hacerles morir era estenderlos en tierra, tan fuertemente atados y sujetos, que casi los tenian sin aliento, mientras que les abrian el pecho para arrancar su corazón, y presentarle palpitando al idolo colocado sobre su trono enfrente de la víctima. Los idólatras estaban persuadidos de que nada le era

tan grato como las convulsiones de la muerte y los gritos de la desesperacion.

Para no dejar un momento al enemigo del género humano sin este cruel placer, habia en el templo muchos troncos de árboles en fila, bastante inmediatos unos de otros, y traspasados de gran número de agujas de hierro, en las cuales estaban medidas por las sienes una multitud innumerable de cabezas humanas. Cuando algunas se secaban tenian cuidado los sacrificadores de sustituir otras frescas, de modo que el número estuviese siempre completo. Horrible espectáculo, que contemplaban aquellos idólatras sin remordimiento por haberse trasformado la inhumanidad en devocion, y haber sofocado la costumbre de la supersticion hasta los primeros sentimientos de la naturaleza. La sola entrada del templo, en cuya portada colgaban por trofeos haces de serpientes, escitaba el horror y el espanto. Por lo demás, los mejicanos habian apurado toda la magnificencia de su arquitectura en este templo principal, dedicado al Dios de la guerra, y tan espacioso, que danzaban en él cómodamente de ocho á diez mil idólatras en sus fiestas. En el centro del edificio se elevaba una pirámide prodigiosa que escedia en altura á todas las torres de la ciudad; y terminaba, no obstante las justas proporciones de disminucion, en una plataforma de cuarenta pies en cuadro. Habia otros siete templos, casi del mismo grandor en la sola ciudad de Méjico; y hasta dos mil de un orden inferior. Apenas se hallaba una calle que no tuviese su oratorio y su dios tutelar. Lo mismo sucedia á proporcion con respecto á las observancias y barbaries idólatricas en el resto del imperio. Se calcula que esta carnicería sacrilega costaba anualmente la vida á mas de veinte mil personas; y al homicidio añadian toda la brutalidad de la antropofagia, pues las carnes de aquellas espantosas víctimas se

repartian entre todos los idólatras que se creían santificados por unos escesos desconocidos aun de las bestias feroces.

Transportado Cortés fuera de sí mismo se sentía animado de una fuerza mas que humana cuando se consideraba como el instrumento escogido del cielo para romper el yugo del infierno y restablecer á sus esclavos en la libertad de hijos de Dios. Quinientos hombres de á pie con unos veinte de á caballo, le parecieron un ejército suficiente para dar principio á esta empresa. Su tropa adquirió á lo mas un aumento doble en lo sucesivo, parte con los refuerzos que recibió de España, y parte por medio de la victoria que consiguió de los soldados que Velazquez, envidioso de su propia obra, envió para arrancarle la gloria que él hizo brillar primero á sus ojos. Así pues este hombre grande tuvo que luchar á un tiempo contra una multitud innumerable de bárbaros, y contra sus compatriotas aguerridos, que espusieron su constancia, así como su valor y talento, á las mas duras pruebas. Pero convencido de la verdad de una misión que la firmeza de su valor le confirmaba sin cesar, no vió en la multiplicación de obstáculos mas que un acrecentamiento de esplendor para su corona.

Partió de la Habana por el mes de febrero de 1519, y fué á desembarcar cerca de la costa oriental de Méjico, en la isla de Cozumel, donde hizo recomendable el nombre español por las pruebas de humanidad y benevolencia que dió á aquellos insulares, que eran muy humanos y cuya voluntad se aseguró sólidamente. Había hecho comprender á sus tropas cuánto importaba al bien del Estado y de la Religión, cuyos intereses se proponían sostener, el adquirirse una buena reputación desde el principio de su carrera. Su religión fué bien pronto afligida por el espectáculo de las mas deplorables supersticiones; mas él para con-

tenerlas solo se valió de la misma bondad natural de aquellos idólatras y del afecto que se habia conciliado de ellos por medio de su dulzura y de su buena conducta. Había en Cozumel un ídolo célebre, del mismo nombre que la isla, pues de él le tomó esta, cuya veneración se estendia hasta lo interior de aquel continente, de donde atraía continuamente concursos numerosos de peregrinos de todas lenguas y provincias. Por este los insulares, acostumbrados al comercio de los estrangeros, se admiraron menos que otros de la llegada de los españoles. Un día en que era mas numeroso el concurso de estos peregrinos, y en que un sacerdote del ídolo predicaba en pié en medio de la multitud, exaltando mucho su poder, se acercó Cortés al príncipe ó cacique, y le dijo que, para mantener la sincera amistad que entre sí habian contraído, era necesario que tuviesen una misma religión, que es el único vínculo duradero de los corazones; y llamándole aparte con su intérprete, le representó lo mejor que pudo lo absurdo de la idolatría y la verdad del cristianismo. El cacique tenia un juicio sano, y habia llegado para él el momento del Señor: quedóse muy admirado y manifestó conocer á lo menos el engaño en que hasta entonces habia vivido. Quiso, sin embargo, conferenciar con los principales de la nación, y particularmente con los sacerdotes, á quienes por un efecto de su rectitud natural dejaba la autoridad suprema en materia de religión.

Consternados los sacerdotes á la sola propuesta de abandonar sus dioses, protestaron en nombre del cielo que si alguno, cualquiera que fuese, se atrevia á cometer el mas leve atentado contra su culto, experimentaria inmediatamente el castigo mas terrible. Reconociendo Cortés que el triunfo de la fé no tenia contra sí otro obstáculo que un vano terror, dejó entrever su determinación á sus soldados acostumbra-

dos á leerla en su frente; y al momento estos se arrojaron contra el ídolo y le precipitaron del altar hecho pedazos. El primer objeto de admiración para los idólatras fué esta misma destrucción que reputaban imposible. Mas despues de algunos momentos, cuando vieron el cielo sin rayos, y sus dioses sin venganza, su temor se convirtió en desprecio, y empezaron á avergonzarse de haber prodigado sus adoraciones á unos dioses tan débiles. De esta manera penetraron las luces de la fé en el corazón de aquel buen pueblo, del que la mayor parte se convirtió en poco tiempo, aficionándose tanto al cristianismo, que ha subsistido despues en esta isla, aunque los naturales del país han permanecido dueños de ella. Entretanto los cristianos, divididos en varios grupos, derribaron todos los templos, cuyo número era grande. Sobre las ruinas del principal y de sus escombros construyeron prontamente una capilla, en la que colocaron una imagen de la Santísima Virgen, y pusieron una grande cruz á la entrada. Luego que se concluyó la capilla, uno de los sacerdotes que acompañaban á Cortés en su expedición, celebró en ella la misa, á la cual asistieron el cacique y gran número de indios, confundidos con los españoles, con una reverencia que ya parecían inspirarles así la virtud de los divinos misterios como la admiración natural de nuestras augustas ceremonias.

Cortés mostró la misma religiosidad en todas ocasiones. Si hacia alianza con una nación, manifestaba mas ardor en hacerla abrazar el Evangelio que en sujetarla á las leyes de España. Si reducía alguna otra por la fuerza de las armas, los trofeos mas gloriosos que creía poder erigir eran, segun la importancia de la victoria, una iglesia ó una capilla que edificaba en el campo de batalla. Este espíritu fué el que le hizo construir en Tabasco, á donde fué desde Cozumel, una

iglesia, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria, despues de haber tomado á viva fuerza aquella ciudad ó población, fortificada segun acostumbraban los indios, y de haberlos derrotado en batalla campal en número de cuarenta mil, con el puñado de gente que habia traído de Cuba, y sin haber recibido todavia refuerzo alguno (1); hazaña que parecería fabulosa, si no se observase que ésta fué la primera batalla dada por los europeos en aquellos países remotos, donde la mosquetería, el cañon, y sobre todo los combatientes de á caballo, que aquellos bárbaros tenían por divinidades semejantes á los centauros de la mitología, desconcertaron todo su valor y hasta la grande constancia con que volvieron repetidas veces al combate.

Luego que el tiempo y las ocasiones pudieron convencerlos de que los españoles no eran dioses, ó que la vida de estos dioses no estaba á la prueba de las flechas, de la honda y de la maza, Cortés, dotado de talentos propios para todas las situaciones, no aventuraba nada al valor sin el concurso de la mas sábia política. Empezó por fundar un nuevo establecimiento independiente del gobernador de Cuba, y bajo la obediencia inmediata del rey de España. La capital ó residencia de este nuevo gobierno fué llamada Villa-Rica, á causa del oro que abunda en aquel país, y se le añadió el nombre de Vera-Cruz por haber saltado en ella á tierra el Viernes Santo. Luego que se eligieron oficiales públicos, hizo Cortés dimisión del poder que le habia sido confiado y luego revocado por Velazquez. Despues fué elegido por aquellos magistrados, en nombre de toda la colonia, para gobernar bajo la sola autoridad del rey. Esta ceremonia, no obstante su irregularidad, impuso á los españoles de su comitiva, y hasta pareció hacerle mas ve-

(1) Sol. l. 4, c. 19.